

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 5 Liturgia de la Palabra

Hemos de recibir la Palabra viva tal como la recibió María en la Encarnación. Hemos de prolongar la Encarnación en nosotros, ofrecerle nuestro corazón al que se encarnó en María, darle vida y carne en nosotros. Para ello se nos exigen tres actitudes:

Escuchar o acoger la Palabra. Para poder escuchar a Dios, hace falta el silencio. Sin silencio interior, si no estamos en una actitud de escucha tranquila, no escuchamos a Dios cuando nos habla en el silencio. Y a veces este silencio ni siquiera lo tenemos en el momento de escuchar la Palabra en la misa. Y mucho más difícil aún nos resulta el silencio, para escuchar qué Dios nos dice en la vida diaria.

Lo único que asegura el silencio es la oración, que quiere ponernos en una actitud de apertura para poder escuchar la palabra de Dios. ¿Cómo anda mi vida de oración en el día? Una persona que reza es una tierra abierta, donde la semilla puede entrar. Es la actitud de María en la Anunciación: actitud para acoger la Palabra, para que ella se haga carne en nosotros.

Obedecer o realizar la Palabra. Obediencia es la gran señal de amor. Es la actitud fundamental de Cristo: “Mi alimento es hacer la voluntad del Padre”. Es también la actitud fundamental de la Virgen: “He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”.

Conservar o ser fiel a la Palabra. Es seguir respondiendo que sí muchas veces, como lo hizo la Virgen. Ella fue fiel hasta al pie de la cruz, al sí de la Anunciación, pronunciando todos los sí necesarios a lo largo de su vida.

Ahora, ¿cómo prolongamos la Palabra de Dios que hemos escuchado en la Eucaristía durante la semana? Aquí debo preguntarme: ¿Leo yo alguna vez la Biblia durante la semana? ¿Tengo en mi vida cotidiana, momentos de silencio o de oración para escuchar a Dios?

Una palabra especialísima de Dios es para mí, la de mi cónyuge. Ya el día del matrimonio me dijo Dios: a través de tu marido o esposa quiero hacerte llegar mis mensajes de amor más significativos, más íntimos. Él o ella es palabra de Dios para mí a través de su amor, y también a través de sus deseos, sus necesidades, sus penas. Sus gestos de amor me llaman a agradecer, sus deseos y necesidades a atenderlo, sus penas para aliviarlas y compartirlas.

Lo mismo vale respecto a los hijos u otras personas cercanas, con quienes estamos formando una Familia. Todas las personas que nos rodean, son cada una un ángel de Dios que nos trae un mensaje suyo.

Pero, ¿escucho yo esas palabras de Dios que me vienen a través de los demás? Cuando el otro me habla, ¿es mi actitud interior responderle como en la misa?: ¡Te alabo, Señor! Porque me acabas de hablar a través de mi esposa, mi marido, mi hijo, mi hermano. ¿Escucho con esa actitud de alegría cada vez que el otro abre la boca?: ¡Dios me quiere decir algo! Y cuando siento que hay algo de Dios en lo que me dice el otro, ¿lo acojo, le abro el corazón, para que esa palabra encuentre morada en mí?

Hay que escuchar al otro, pero también hay que hablarle al otro. Existen momentos en que Dios quiere hablarle al otro a través mío. Y entonces es un deber, hablar. Es un deber, dialogar. Entonces yo soy una palabra para el otro, que él necesita escuchar para crecer. Y si no le hablo, estoy negándome a ser palabra de Dios, Buena Noticia, Evangelio de Dios para el otro.

Si durante la semana no permanecemos en esa actitud de escucha frente a Dios y frente al Dios que me habla en el otro, no podemos en la misa improvisar eso. Si yo no sé oír a los que viven todos los días conmigo, y acoger sus palabras, ¿cómo voy a oír al Dios que me habla solemnemente una vez a la semana? Tengo que preparar mi misa a través de ese esfuerzo por escuchar las palabras que Dios me dirige desde los demás, durante la semana.